
El Espectro Del Oro

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8943

Título: El Espectro Del Oro

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Espectro Del Oro

Dos mineros salen de Dawson, sita en la confluencia de los ríos Yukon y Klondike, que da su nombre a la región, y emprenden viaje en dirección de uno de los tantos ríos auríferos del Alto Canadá. El río en cuestión ha atraído ya por su fama a muchos mineros. Casi todos se han vuelto desde el camino por no poder resistir el tormento de los mosquitos.

Nótese bien: estamos en el paralelo 67, donde la temperatura se mantiene en invierno por varios días alrededor de 50 grados bajo cero. Lo que es esta temperatura sobre el organismo humano, pronto lo vamos a ver.

Nuestros dos mineros, pues, salen de Dawson con sus mochilas y sus picos en verano, afrontan los mosquitos, y con suerte mayor o menor que sus predecesores, hallan un filón que trabajan durante el otoño, y que al promediar el invierno está agotado.

Uno de los mineros se siente muy débil para regresar a Dawson. Su compañero le dice:

—Esperaré diez días; si al cabo de ellos no se encuentra usted con más fuerzas, volveré solo.

Pasan los diez días, y el minero se halla más débil aún.

—Bien —dice entonces el otro—. Le cortaré leña y me voy.

Lo hace así, en efecto, y se va. Tal es la ley del oro.

El enfermo guarda apenas energías para alimentar el fuego. A los tres días, no puede levantarse, y la estufa se ha apagado. Al lado mismo de la estufa apagada, el termómetro marcaría 20 grados bajo cero.

Con un resto de fuerzas, el enfermo baja de la cama y cae desmayado. Comprendiendo, o sintiendo, mejor dicho, dentro de su desmayo, que no puede permanecer un momento más en el suelo, so pena de quedar a los

dos minutos muerto y duro como una barra de hielo, se incorpora y vuelve a la cama. Pero en el breve espacio de tiempo de su desmayo, sus manos y sus pies se han helado.

Durante 30 días, ni uno menos, el hombre se va muriendo de frío. Lame el azúcar de una bolsa inmediata, y lame el hielo fijado a la cama.

Al cabo de esos treinta días, unos mineros de viaje descubren casi a ras del suelo la extremidad de una chimenea bloqueada por el hielo. Debajo, a tres o cuatro metros bajo la nieve, el minero duerme el sueño de la eternidad, por fin definitivamente helado.

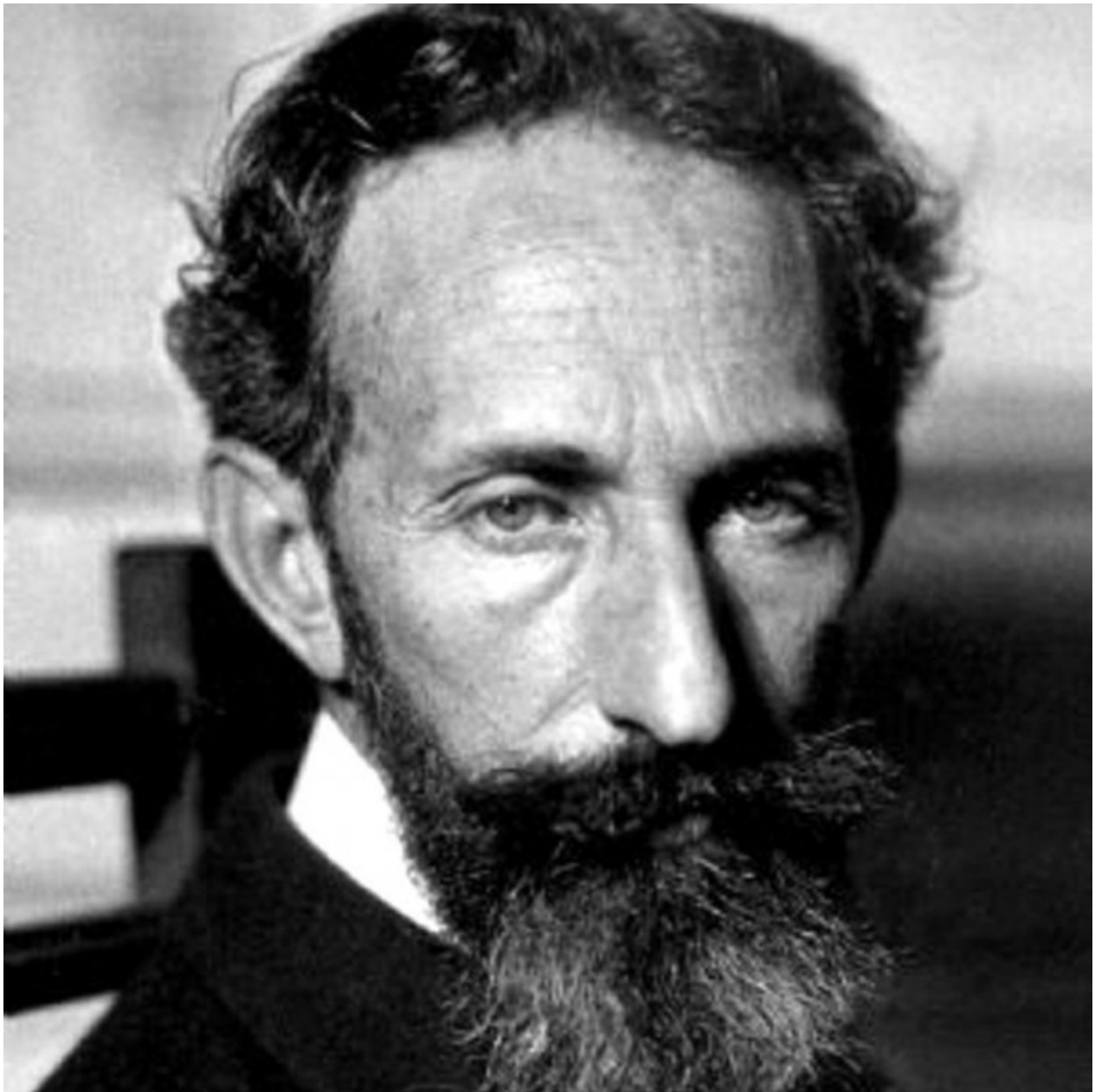
Veamos ahora lo que ha sido de su compañero. Prosiguiendo su viaje, por un tiempo terriblemente sereno y frío, el minero atraviesa los manantiales que alimentan un riacho de la región. Sus aguas, sumamente minerales, son apenas congelables.

El minero pisa la costra de hielo que las oculta, y se hunde en el agua hasta la rodilla. Saca la pierna en seguida y corre a un zarzal vecino a encender fuego, pues con la temperatura que tienen el agua y el ambiente, no vive diez minutos más si no se calienta.

Para proceder con rapidez, se quita los guantes y frota un fósforo. Este no se enciende. Y al ir a frotar otro, el hombre tiene ya los dedos, el cuerpo, la vida y el alma paralizados por el terrible frío. Quiere ponerse de nuevo los guantes, pero es tarde: sus manos están duras y blancas hasta las muñecas. Tiene aún tiempo tal vez para rogar a Dios, si es creyente. Tras este compás de espera, el hombre está ya en el suelo, rígido como una piedra, muerto, helado hasta lo más hondo de sus huesos.

Desde el momento en que perdió pie en el agua y éste en que lo presentamos, no han pasado cinco minutos.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)